

Cuentos del domingo

Domingo 21 de Agosto de 1898



LAS VEINTISIETE

ABÍA oído hablar Ramiro Nozalez de cierto filósofo, el cual no era de estos metafísicos sutiles consagrados día y noche á la investigación de las causas y orígenes, relaciones y substancialidades de lo creado y lo increado, sino que, al contrario, complaciéndose en bajar á la tierra, aplicaba su inteligencia ejercitadísima á comprender lo relativo, aceptando al hombre, no cual salló de las manos divinas, sino con las modificaciones que le impone la sociedad. En suma; el tal filósofo, en vez de profesor teología, ontología ó cosmología, profesaba mundología, pero mundología elevada, quintesenciada y sutil; sus alumnos aprendían de él la aguja de marear más sensible y gramática parda encuadrada en el tafilete de Esmirna más suave y bien curtido; y Ramiro Nozalez, incitado por la fama que el filósofo iba ganando, se resolvió á consultarle y á oír sus lecciones, que en verdad le hacían falta.

Recibió el filósofo al nuevo alumno, de noche, en la biblioteca de elegante severidad, muy abarrotada de libros y alumbrada por un gran quinqué, cuya pantalla figuraba melancólico buho; al traves de sus pupilas de esmeralda se traslucía claridad misteriosa y fosfórica. Nada hay que desate la lengua como la semi-obscuridad y la luz verdosa y velada; así es que Ramiro abrió su corazón, hizo su completa biografía, refirió sus culpas y declaró que se encontraba, á los treinta años de edad, saturado de desengaños y amarguras, semi-arruinado y con un pinchazo en el cuerpo, que, si no aciata la espada á resbalar en una costilla bien podría haberle atravesado el corazón. Escuchó el maestro atentamente, acariciándose la aliñada barba negra, sonriendo á ratos, y otros reflexionando; la blancura marfileña de su frente calva y el reflejo de sus limpios dientes iluminaba su faz, en que los ojos parecían dos manchas de sombra. Así que hubo terminado Ramiro, el filósofo tomó la palabra.

—Su historia de usted—dijo—nada tiene de particular. Se parece á la de otros muchos, á quienes he curado, asegurándoles existencia dichosa, sólo con un sencillísimo cuerpo de doctrina reunido en breve espacio.—Todo lo que le ha sucedido á U. de malo y desagradable, es de-

bido á que usted ignora esa doctrina sabia y benéfica. Los desengaños los ha recibido usted de sus amigos; del uno respondió usted y él cometió desfalcos; en el otro depositó usted confianza, que él vendió; el de más allá le quitó á Ud. la novia. La semi-ruina de usted procede de prestar cantidades para sacar de apuros á determinadas personas, que todavía no le han devuelto un real. El pinchazo, es porque tuvo usted la inadvertencia de avisar á un creyente de que lo engañaba una hembra, la cual le persuadió de que usted obraba así por despecho. Esto lo se por usted mismo; no puedo estar mejor informado.

—Verdad es—asintió Ramiro—pero me parece azas difícil, por no decir imposible, evitar tales contingencias, viviendo entre hombres; y puesto que ya lo pasado no se ha de remediar, quisiera precaverme contra lo que está todavía por venir. No soy tan viejo que no deba esperar mejor fortuna, ni tan mozo que la imprevisión me ciegue. Venga, pues, ese cuerpo de doctrina breve y categórico, que yo lo pondré sobre mi cabeza, como se ponen los textos sagrados.

—La doctrina—dijo el filósofo—no consiste más que en una lista ó catálogo...

—¿Una lista?—repitió Ramiro con sorpresa.

—Sí tal; una lista... de las veintisiete cosas que no le importan á usted.

—¿De las que me importan, querrá usted decir?

—De las que no le importan, repito. Porque ha de saber Ud que todas las dezasones, berrinches, tribulaciones y pérdidas que en este mundo padecen los mortales, no las padecen por lo que les importa, sino por lo que debiera, en rigor, tenerles sin cuidado; y así, desde el momento en que usted se imponga y entere de lo que no le importa un comino, meditará usted despacio en que no debe arriesgar ni el valor de ese comino por ello, y después de asimilarse verdad tan patente, si procede usted en consecuencia, libre quedará de cuantos sinsabores hasta el día le han agobiado. Voy á escribir la lista: entretanto, diviértase usted en recorrer esos libros, que tienen grabados muy hermosos.

Obedeció Ramiro, algo mortificado en su amor propio, y á la media hora recibía de mano del filósofo una tira de vitela que encerraba veintisiete renglones manuscritos, separados por barras de tinta roja. Al recogerse á su casa, no tuvo Ramiro cosa de

más prisa que aprenderse de memoria el catálogo de las veintisiete cosas que no le importaban... y, bien empapado en aquellos preceptos negativos, se dedicó á seguir su vida habitual.

En la primera reunión á que asistió, la casualidad le hizo sorprender, en un espejo, furtivas señales de inteligencia entre la única hermana de su mejor amigo, niña candorosa, y un tronera de peor intención que un toro; su impulso fue avisar al hermano, pero inmediatamente recordó la tira de pergamino: una de las veintisiete cosas que no le importaban, era "la conducta de la mujer agena". Callóse, pues, como un muerto, y á los quince días el tronera robó á la muchacha. Al salir del sarao, un mozalbete provinciano que había sido recomendado á Ramiro por su familia, se despidió de él delante de un garito. Ramiro comprendió que iba á jugar, á buscar, probablemente, la desesperación y la deshonra; pero su código fundamental decía que una de las "veintisiete cosas" era "los vicios de los demás;" y no experimentó remordimiento alguno cuando poco tiempo después supo que el mozalbete se había pegado un tiro.

A cada momento resaltaba la virtud de las enseñanzas del sabio: apenas se ofrecía circunstancia que no la demostrase. En el catálogo de "las veintisiete" se incluían todas las ocasiones que de malgastar oro, voluntad y salud, se ofrecen á un hombre en la vida social. Al practicar la doctrina del filósofo, aquel retraimiento discreto y prudentísimo, aquella abstención admirable, Ramiro conocía que su calma, su seguridad, su hacienda, su misma reputación y buen concepto crecían de continuo. Cuanto menos hacía, cuanto menos se exponía, más le respetaba y consideraba la gente, y aumentaba su crédito y ganaba simpatías.—Al principio, Ramiro no cesaba de bendecir al filósofo.

Su estado moral se traducía en una sensación física muy rara. Parecía que al rededor de su cuerpo iban elevándose unos muros, invisibles para todos, visibles sólo para él. Estos muros, al principio leves y mal cimentados, poco á poco se convertían en grueso reducto aspillerado, sólido é inexpugnable. Detrás de aquella fortaleza ¡que le atacasen! Vengan enemigos! Y por si no bastaban los muros, sintió Ramiro que sobre su torso también nacía y se condensaba una coraza de acero, templada, recia á prueba de bala y puñal. ¡Qué tranquilidad tan grande y provechosa, sentirse resguardado por el impenetrable metálico forro!

Sin embargo, corriendo días, Ramiro notó como un vapor de angustia, ligero al pronto, más caracterizado después. Era o-

preción al corazón y á los pulmones; era falta de aire, vago malestar, unido á cierta especie de modorra. Juraría él que la dichosa coraza iba estrechándose, y por todos lados le oprimía.—Tanto llegó á fatigarle este mal, que al fin, triste y mohíno, fué á llamar otra vez á la puerta del sabio, á quien encontró en la misma severa biblioteca, alumbrado por las pupilas glaucas y fascinadoras del buho.

—¿Viene usted á darme las gracias?—preguntó apaciblemente.

—Sí y no...—fué la respuesta de Ramiro. No cabe duda que le debo á usted gratitud. Me ha evitado usted desazones, gastos y ridiculeces sin cuento. Me ha granjeado usted la estimación general: desde que no me empeño en hacerles ningún bien, los hombres me aprecian y consideran doblemente. Mi situación es cien veces mejor que cuando vine aquí á recibir de manos de usted el Alcorán de la sabiduría. Pero el caso es que me falta algo...no sé qué; y la coraza con que usted me ha revestido, me ahoga. Antes, cuando me importaba lo que no me importaba... creo... sospecho á veces... perdóneme usted si digo una tontería... pero se me figura que, por momentos era yo más feliz... y más bueno... ¡de esto sí que estoy seguro! Yo era más bueno!

Calló el sabio, y entretanto sus pupilas de sombra, bastas y profundas en su cara descolorida por el reflejo verde, se fijaron en el afligido discípulo. Al fin, en voz grave, esa voz que se timbra con bronconeo son al pronunciar solemnes palabras, dijo:

—Usted vino aquí á pedirme el tuétano de la sabiduría humana. Yo se lo dí en lo que usted llama Alcorán. Si eso no le basta, si nota asfixia de alma, vacío de abismo... entonces no le soy á usted necesario; mi Alcorán sobra. Coja usted el Evangelio.

EMILIA PARDO BAZÁN.

Ante un cuadro de la Magdalena

Unido al torpe yugo del pecado
Tu cuerpo se dobló lánguidamente;
En largas ondas baja destrenzado
Lacio el cabello al pecho penitente.

En la atrición del pecho descarnado
Y en las sombras amargas de tu frente
Píncel sublime retrató inspirado
El acerbo dolor que tu alma siente.

No sonríen tus labios antes rojos,
Y apenas lucen ¡ay! sin esperanza,
Arrazados en lágrimas, tus ojos.

Levantálos á Dios, que en su balanza
(Por mucho que la inclinen los enojos)
Pesa más la piedad que la venganza.

RUIZ DE ACULLERA

UN DIPUTADO EN AGRAZ

—De veras que estamos mal así, José María, decía la buena señora sentándose en la cama donde un rato después se entregaría al reposo.

—La cosa no es tan fácil, Ramona, replicó él dejándose caer en una mecedora. El partido del

Gobierno triunfará, es claro, y yo tengo que ser de ese partido...

—Muy bien; pero medita en lo que te dijo don Juan: muy clarito te dió á entender que él era de los del Pueblo... y como le debemos tantos favores...

—Todo eso sería música celestial; pero lo principal... lo que á mí me pone acongojado es que yo he de ser Diputado, porque el destínulo es de \$ 400.00 y nosotros no podemos...

—Pero hijo, si tu no sabes de eso... y luego que me has dicho que cuando se te ofrece hablar algo, así... donde hay gente, se te atraviesa un nudo y te dan ganas de llorar... Ahora, el partido del Gobierno, según me dijo Adela, no cuenta con la gente decente y que sabe expresarse...

—Adela sabe mucho, y como yo paso por hombre muy ilustrado y de mucho prestigio porque jamás digo nada ni devuelvo un saludo á la genceilla, lo malo sería que me mandasen á discursar en los pueblos...

—Pues eso es lo primero que te pedirían: lo que es á Aserrí te mandan, de seguro, porque han visto salir al Cura, de aquí, muchas veces cuando te venía á cobrar aquello... y con eso han visto que eres su amigo y que te ganará el pueblo...

—Pues ¿cómo haremos, Ramona?... Clarito me ha dado á conocer Mariano que me harán Diputado si trabajo para ellos... A él le ofrecieron lo mismo, y según me dijo tiene ya varias poblaciones ganadas.

—Quién? Mariano, el tintorillo aquel que tuviste tú en la cárcel?...

—Sí, miñer... no digas eso á nadie.

—Pero ese hombre tan tonto y tan vicioso ¿cómo ha ganado esos pueblos?

—Con los Jefes Políticos, policías, militares y... ¡es muy vivo! ¿Sabes que hizo el maldito? Pues se fué á la Dirección General... y le dijo á Vericuetos señor, manle un ingeniero á San Teoma y que haga mucha bulla diciendo que va á hacer la cañería, y que se esté unos días dando vueltas y probando las aguas de todos los charcos, mientras yo voy á ganármelos.

Y, en efecto, fué el ingeniero, se hospedó en el mejor Hotel y comenzó la bulla de la cañería y mientras tanto Mariano y el Político les dijeron:

"El Presidente á mandado á ponerles cañería, van al ingeniero... (y lo señalaban) pero, yo sé muy bien que el Presidente ha dicho que él va á gastar cuarenta mil pesos para ustedes; pero que si resulta alguno del Partido Republicano mandará quitar la cañería y á todo el pueblo le echa una contribución para suertarse los cuarenta mil pesos!"

—Y con eso...?

—Con eso!

—Y el Presidente lo mandó así?...

—Bah! fueron vivezas de Mariano y de las autoridades...

Hubo un momento de silencio. Don José María estaba sumergido en un oceano de dudas y vacilaciones y su dignísima conyugé también meditaba...

—José María, ¿sabes una cosa? yo sé que á otros los llevarán al